

MAPA LITERARIO DE PERÚ

En un arte de supervivencia se han convertido las letras peruanas. Lo es por la precariedad de las editoriales, agravada por la piratería, por la falta de lectores, por la casi inexistencia de librerías en un país de casi 25 millones de habitantes. Aun así, la ficción y la poesía siguen abriéndose paso con solvencia. Seis novelistas, un autor teatral y una poeta hablan en estas páginas de sus vivencias, de sus obras y de una escena literaria, que, pese a todo, sigue dando interesantes frutos.



Enrique Planas.

“Sólo nos une la precariedad” Enrique Planas

Periodista, crítico de cine y dramaturgo, Enrique Planas (Lima, 1970) ha publicado las novelas *Orquídeas del paraíso* (1996), adaptada después al teatro, *Alrededor de Alicia* (1999) y *Puesta en escena* (Alfaguara, 2002).

PREGUNTA. ¿Diría usted que hay ahora una generación de escritores peruanos sólida y variada?

RESPUESTA. Variada sí, sólida no. Más bien lo suficientemente gelatinosa para amoldarse a una realidad signada por la ausencia de lectores y una industria editorial en permanente crisis. Sus características se basan, paradójicamente, en su dificultad de caracterización. ¿Qué nos acerca? Pues la precariedad con que encaramos el oficio, la actitud del superviviente. ¿Qué nos diferencia? Todo lo demás.

P. La protagonista de Puesta en escena habla en primera persona. Usted literalmente se mete en la piel de ella. ¿Diría, como Flaubert de *Madame Bovary*: “Lucía soy yo”?

R. Más bien fui Lucía. Escondido tras su nombre escribía una columna en un portal de Internet sobre danza moderna y relaciones de pareja, temas matizados con las regulares crisis de bulimia que sacudían a mi personaje. Al poco tiempo se convirtió casi en una confidente de los lectores más oscuros y, por lo que sé, para muchos fue una especie de novia virtual, tan oscura como sus sueños. Muchas fueron las citas negadas y los acosadores sexuales plantados en diferentes bares de Lima, esperando sentados la presencia de una frágil bailarina demasiado bonita y salvaje para ser cierta. Cuando salió el libro y el travestismo literario quedó al descubierto, varios fueron los corazones destrozados.

P. ¿Qué escritores peruanos actuales destacaría?

R. Mis plagios más exquisitos provienen de los cuentos del entrañable Julio Ramón Ribeyro. Otros escritores a los que envidio: Oswaldo Reynoso, Carlos Herrera, Mario Bellatin, Fernando Iwasaki; además de los poetas Javier Sologuren, Marco Martos y José Watanabe. A Bryce Echenique ya no lo leo, creo que desde *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* su producción siguiente es tristemente repetitiva. F. J.

Narración de entresiglos

Entre la generación de Arguedas, Ribeyro, Vargas Llosa y Bryce Echenique y la de los más recientes autores peruanos hay un grupo de escritores caracterizados por recusar un mundo mal construido y oponer la ironía al monólogo del trauma nacional.

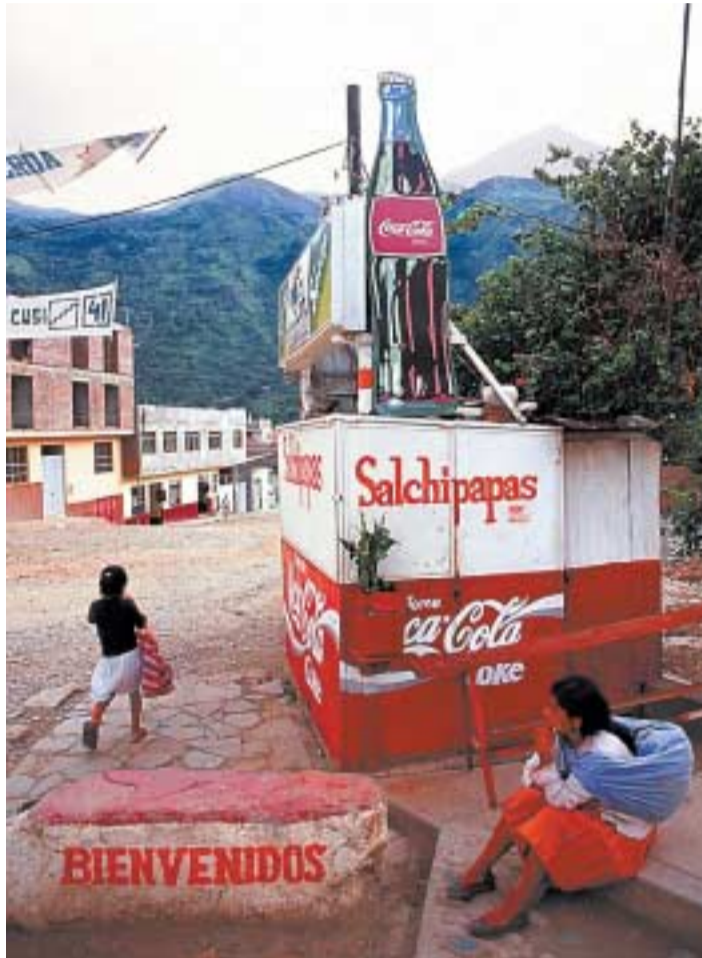
JULIO ORTEGA

José María Arguedas, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa y Alfredo Bryce Echenique han coincidido en sancionar la vida peruana como agonía de la diferencia, zozobra de lo genuino, mala fe encarnizada y comedia de la verdad improbable. Por eso, en la más reciente versión de esas sanciones (*El año que rompí contigo*, de Jorge Eduardo Benavides) leemos: “El espectáculo del Perú hundiéndose como un nenúfar en sus propias miasmas era algo cotidiano, todo el mundo lo sabía, pero desde hacía un tiempo ya ni siquiera resultaba necesario salir de Miraflores para asistir a las diarias exequias de una nación sin remedio”. Ese saber común confiere a la narrativa peruana su aire de familia. Su héroe melancólico busca un interlocutor que lo albergue en el diálogo. Arguedas, quien más creía en la fuerza redentora del diálogo, fue al final vencido por el malestar y se quitó la vida, con la elocuencia de un sacrificio. Con todo, Ribeyro encontró humanidad en el imaginario de la pobreza; Vargas Llosa, pasión en el fracaso de las utopías; Bryce, humor y ternura en las causas perdidas del deseo.

Miguel Gutiérrez es el narrador más importante de la actual demanda por construir una representación tan crítica como imaginativa. *La violencia del tiempo* (1991) sorprendió a los lectores con sus biografías alucinadas, sus memorias del origen mágico y rebelde pura. Son éstas las voces de una vida peruana finalmente desagraviada gracias a su pasión de saber y su delirio de conocer. La historia de un muchacho que quiere ser escritor y se lleva a su pueblo las mejores novelas, postula que el relato sobre Perú encuentra su intérprete. Como si respondiera al dictamen de la malquerencia, reescribe cada novela para hacer de la creatividad peruana una saga que exceda la vulgaridad del mal. Arguedas, Ribeyro, Vargas Llosa, Bryce son citados para el nuevo relato del origen familiar (contra la vieja tesis del fracaso), y de la desfundación nacional (contra la frustración resignada).

Sólo que el país narrativo de Gutiérrez sería puesto a prueba por la violencia insomne: su hijastro, preso político, desapareció en manos de la policía; su mujer, desolada, se entregó a la lucha clandestina, cayó presa, y murió en un asalto militar a la cárcel. El epílogo de la novela había anticipado el dolor del luto. Ocho años le tomó escribir. Debe haberle salvado la vida. Fue un regalo de Cervantes, ha dicho Gutiérrez, “a cuyo espíritu me había encomendado durante todos estos años”.

Gregorio Martínez, desde la



El Perú de los ochenta, clave para una generación de escritores. CORBIS

cultura afro-peruana, y Edgardo Rivera Martínez, desde los mitos del origen en la provincia andina, habían recobrado el remoto legado popular como una memoria cotidiana de sabiduría, pertenencia y diferencia. Los negros de Martínez lo han leído todo sobre ellos mismos, y han elegido hacerse de un lugar gongorino en el habla (*Crónica de músicos y diablos*, 1991). Rivera Martínez en su *Libro del amor y las profecías* (1999) explora la biblioteca de Indias, su tierra de prodigios y lenguaje pródigo. Otras provincias de fantasía son las que Eduardo González Viana ha cultivado, entre brujos milagreros y santas querendonas.

Pero serán Fernando Ampuero, Isaac Goldemberg, Guillermo Niño de Guzmán, Alfredo Pita, Alonso Cueto, Abelardo Sánchez León, Alejandro Sánchez Aizcorbe, Carmen Ollé, Rocío Silva Santisteban quienes reconstruirán la casa del relato peruano como albergue contra la intemperie. Sus héroes y heroínas (cuya dicción familiar sutura la violencia) viven los ritos de la socialización como si disputaran el alma al mercado. Los anima una intimidad desapacible, la nostalgia sin nombre de lo genuino. Pero si la comedia social es de por sí inauténtica, estos personajes se buscan en la incertidumbre del diálogo, donde reconocen su identidad posible. Todos ellos recusan un mundo mal construido pero no es ya un medio inexorable e incólume, sino un teatro cambiante donde al monólogo del trauma nacional opo-

nen la ironía compartida (de linaje ribeyriano) y el gusto por las voces desautorizadas (de estirpe bryceana). En *Caramelo verde* (2002), Ampuero logra la mejor comedia de la socialización peruana: el aprendizaje del mercado es iniciado en el comercio de la droga, en el embuste y la trampa, pero huye y desaparece en la selva, fuera de lo legible. Alonso Cueto en *Grandes miradas* (2003) se propone la historia política de corrupción y violencia de Fujimori y Montesinos, feroces y banales. Desde el lenguaje más sucinto, desde la dignidad de la literatura (inculcada por la lección impecable y solitaria de Luis Loayza), Cueto disputa la verdad trivial del desvalor común. La novela posee un valor gratuito, sin precio.

Los judíos divagantes de Goldemberg en su brillante *El nombre del padre* (2001); los jóvenes emotivos que comparten el pan y el vino en los cuentos de Niño de Guzmán; las voces desnudas en las trampas de la política en *El cazador ausente* (2000), de Alfredo Pita, donde lo limeño es un contagio; las biografías del desencanto social que trama Sánchez Aizcorbe; los amigos en la libertad momentánea del fútbol, que narra con simpatía Sánchez León; las mujeres capaces de convicciones durables, que nos hace admirar Ollé, y las parejas de pasión sin retorno, que opone Silva Santisteban son, todos ellos, figuras transitorias del fin de siglo peruano. Discurren en su danza de vida hecha cuento, celebrando con brío su fugacidad.



Jorge Eduardo Benavides.

“Me gustan las novelas complejas” Jorge E. Benavides

Jorge Eduardo Benavides (Arequipa, 1964) tiene dos novelas publicadas en España: *Los años inútiles* (2002) y *El año que rompí contigo* (2003), ambas en Alfaguara. Crónicas realistas de una Lima degradada en los años del Gobierno de Alan García.

PREGUNTA. Sus dos novelas incrustan una trama en el contexto de un momento político concreto. ¿La literatura debería ir escribiéndose a la par que la historia?

RESPUESTA. Creo que no. Más bien pienso que la literatura necesita el sedimento del tiempo para armarse, tanto porque la novela, por lo general, es producto de una larga maduración como por el hecho de que la perspectiva con que se aborda una historia requiere un cuidadoso proceso de reflexión. En el caso de *Los años inútiles* como de *El año que rompí contigo*, el componente del momento histórico resulta gravitante, ambas novelas están situadas en una época extremadamente difícil para mi país, el nefasto período de gobierno del APRA y Alan García. Necesité un tiempo de distancia para que la visceralidad no enturbiara las historias.

P. ¿Sigue habiendo unas líneas marcadas por Vargas Llosa en la literatura peruana?

R. Para mí, Vargas Llosa y los escritores del *boom* son valiosos referentes literarios, por su densidad, por su ambición y su audacia. Me gustan las novelas complejas, desbordantes, a punto de colapsar por su propio peso, y es algo que echo en falta en la literatura hispanoamericana reciente. Creo que actualmente hay magníficas novelas en nuestro continente, pero suelen seguir una línea distinta a la que estéticamente me interesa.

P. ¿Qué escritores peruanos actuales destacaría?

R. Alonso Cueto tiene una trayectoria sólida, con novelas ambiciosas y elaboradas; Iván Thays es deslumbrante y exquisito, poco conocido en España; Santiago Roncagliolo, muy joven, con un libro de cuentos y una novela editadas en España, y a quien sólo le falta tiempo para consolidar una trayectoria, y Fernando Iwasaki, para mí el mejor escritor contemporáneo de Perú, aborda la novela, el cuento y el ensayo con igual maestría y agudeza narrativa, además es un articulista muy sólido. F. J.